

Crisis de la integración, integración de la crisis

MARCOS KAPLAN

Con la emancipación de 1810, América Latina pierde la unidad político-administrativa que gozara de manera formal y precaria en la Colonia y se fragmenta en un número creciente de repúblicas independientes. Por la interacción de factores y procesos internos e internacionales se frustró la concepción inaugural de algunos "padres fundadores", su idea de una nación latinoamericana y de un Estado único.

Desde entonces y hasta bien avanzado el siglo XX también fracasaron algunas tentativas restringidas de integración. La perspectiva integradora desapareció de la escena. Si acaso continuó trabajando como un "topo histórico", fue en el refugio de conciencias aisladas y de grupos minoritarios y poco influyentes.

Sólo después de la segunda guerra mundial, por la confluencia de procesos internacionales e internos, la idea de la integración, los esbozos e intentos iniciales, pasan por fases alternativas. Se dan el Mercado Común Centroamericano, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, el Pacto Andino, la Asociación de Libre Comercio del Caribe (ahora Comunidad del Caribe) y el Sistema Económico Latinoamericano. A estos proyectos, oficializados y en vías de realización, se agregan otros vinculados con la perspectiva de una unificación latinoamericana ligada a procesos de reformas avanzadas o de transformaciones revolucionarias en dos o más países de la región.

El balance crítico hasta la fecha permite afirmar que las experiencias de integración latinoamericana intentadas en dos decenios han logrado éxitos no desdeñables, pero no los avances irreversibles y los dinamismos inherentes deseados y que deberían haber garantizado de modo casi automático el progreso sin interrupciones y el logro efectivo de los objetivos. ¿Cuáles son las razones de la frustración? ¿Qué perspectivas se mantienen o se replantean?

Con motivos y objetivos conservadores, reformistas o revolucionarios, todos los proyectos de integración formulados y que se intenta realizar en 20 años tienen una característica común: presuponen un pensamiento causalizante y finalizante, heredado del siglo XIX y todavía predominante en la cultura, la ideología, la práctica social y la acción política de las fuerzas fundamentales que operan en los países latinoamericanos. Este pensamiento induce a concebirlo todo, en la teoría como en la práctica, como un inmenso encadenamiento de causas y de significados sobreimpuestos.

En virtud del aspecto causalizante (científico), los efectos ya están por entero concebidos en las causas. Por consiguiente, no se logra pensar el cambio como creación de algo

nuevo. Se lo concibe sólo como proceso modificatorio de dimensiones cuantitativas, desplazamiento entre dos tipos dicotómicos polares, mediante un movimiento en que el estadio de partida predetermina y prefigura fatalmente el estadio de llegada. El proceso se da en el seno de un tiempo reducido a un orden particular de sucesión, análogo a la coexistencia espacial, disminuido en su novedad radical, mero marco de referencia y pura yuxtaposición.

El aspecto finalizante (social) atribuye desde el exterior a las sociedades y a las clases una serie de misiones de las cuales ellas no tienen conciencia en cuanto a su existencia ni en cuanto a la necesidad de cumplirlas. El movimiento de la historia aparece subordinado a una providencia, divina o laica-terrenal. Se trata de un discurso sobre la sociedad pero externo a ella y a sus componentes fundamentales; un discurso concebido como distribución demiúrgica de tareas por quienes se arrojan el derecho de hablar en nombre de otros; pensamiento totalitario que puede llevar —probable o necesariamente— a una práctica totalitaria.

Los proyectos de integración latinoamericana surgen en un contexto histórico, a la vez internacional y regional, que los condiciona y determina. Los proyectos oficiales y que comienzan a realizarse, aceptan dos parámetros, en sí mismos, en sus premisas y en sus consecuencias.

En primer lugar, se da por sentado y se considera ineludible el proceso de concentración del poder mundial en una superpotencia que encabeza un bloque capitalista (desarrollado y "tercermundista"), Estados Unidos, y una superpotencia que dirige un bloque de regímenes posrevolucionarios, la Unión Soviética. Entre ambas superpotencias se dan tensiones, conflictos y enfrentamientos pero al mismo tiempo se va estableciendo cada vez más algo que empieza por ser equilibrio del terror, introduce luego elementos de coexistencia pacífica, y va perfilando cada vez más el "águila de dos cabezas" de un condominio imperial sobre el mundo. Para América Latina, con la excepción de Cuba, el proceso entraña la incorporación casi total a la hegemonía de Estados Unidos; además, existe el compromiso de la Unión Soviética de no interferir en la región ni de comprometer su equilibrio sociopolítico.

En segundo lugar, en los principales países de la región emerge y progresa un neocapitalismo subdesarrollado, tardío y dependiente. El modelo y el proyecto de realización se basan en la asociación entre grandes empresas nacionales e internacionales. Privilegian producciones especializadas para la exportación y para un mercado abundante de grupos sociales urbanos de nivel alto y medio. Incorporan desde el exterior tecnología compleja y ahorradora de trabajo, y recurren a la disponibilidad de mano de obra barata y sumisa, así como al fuerte proteccionismo del Estado. Disocian en la práctica crecimiento económico y desarrollo

Nota: Ponencia presentada en el Simposium para la Coordinación y Difusión de los Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1978.

integral, aunque los indentifiquen en la ideología y la teoría afines al proyecto. Redistribuyen regresivamente el ingreso, restringen y deprimen los niveles de remuneración, consumo y bienestar para las mayorías. Prefieren e imponen siempre que pueden un orden social y político que presupone y promueve la falta de participación, la apatía y la sumisión de las mayorías.

Surgida en una coyuntura internacional definida por la interacción de ambos parámetros, la integración latinoamericana se intenta y se despliega bajo el efecto de esta acción condicionante y determinante. No puede eludirla, ni entrar en contradicción o conflicto con los intereses y dinamisismos del Gobierno y las transnacionales de Estados Unidos, ni con las premisas, rasgos y consecuencias del proceso neocapitalista. Mas aún, la adaptación a los dos parámetros y a su dialéctica se considera necesaria y conveniente.

En sus versiones más oficiales y puestas en aplicación, la integración forma parte de una operación general de conservatismo modernizante que se identifica con la ideología y la política del desarrollismo neocapitalista, las expresa y refuerza. El desarrollismo adopta una visión del subdesarrollo y del desarrollo caracterizada por la parcialización, la banalidad, el mecanismo lineal y el reduccionismo economicista. El desarrollo debe lograrse por la imitación *pari passu*, rasgo por rasgo y secuencia por secuencia, del paradigma de la evolución capitalista occidental, reinterpretado con las modificaciones impuestas por el mantenimiento y la modernización parcial de las estructuras tradicionales y de la dependencia externa con respecto a Estados Unidos y sus grandes empresas.

Al igual que el prototipo de Estados Unidos y los países avanzados de su bloque, el neocapitalismo se formula e impone como constelación totalizante y reguladora bajo forma de un modelo productivista-eficientista-consumista-disipatorio. Está impregnado y orientado por la idea del crecimiento. Este se postula como indefinido, ilimitado; unidimensional y unilineal; fundamental o exclusivamente material, económico, y por tanto cuantificable. Se identifica con el aumento del beneficio, de la productividad, de la producción y el consumo, de la abundancia material equiparada con el bienestar y así se expresa. El crecimiento es o debe ser necesario e irresistible, incontrolado e incontrolable, positivo y deseable, indistinguible de una noción valorativa y legitimante de progreso. Aparece a la vez como medio y como fin en sí mismo, confunde ideología y estrategia. Las consecuencias de la idea de crecimiento pueden agruparse y definirse en tres grandes órdenes: reduccionismo, fatalismo conformista, selectividad destructiva.

La consecuencia del proyecto desarrollista-neocapitalista para la integración latinoamericana es que ésta no puede identificarse sino con un solo modelo, compatible con el primero y favorable a él. En parte, la integración latinoamericana ha sido presentada como panacea universal que, por sí misma y de modo automático, promueve el crecimiento y la modernización de América Latina. Sería la condición necesaria y suficiente de uno y de la otra, o un elemento que los posibilite y refuerza. Debería operar a la vez como mecanismo de reajuste y regulación frente a las consecuencias indeseables o deformadoras de la dependencia hacia el nuevo sistema internacional y de la creciente crisis de éste, y de la implantación y avance del modelo neocapitalista, para redu-

cir o solucionar parcialmente algunos de sus problemas más acuciantes y de sus efectos más explosivos.

En todo caso, la integración que se propuso y se intentó realizar en los dos últimos decenios en diversas formas, sólo requiere cambios restringidos y prefijados; permite el mantenimiento de las estructuras sociopolíticas vigentes; respeta y refuerza la ubicación de los países de América Latina y de la región como conjunto bajo la hegemonía de Estados Unidos.

Se explica así en gran medida que se pusieran en práctica los proyectos oficiales de integración y que se hayan logrado ciertos avances significativos, pero también sus límites y frustraciones.

Por un lado, las tentativas integradoras parten de un atraso y una dependencia seculares que dan a la vez las motivaciones y los justificativos pero también los obstáculos y bloqueos y que tienden a agravarse en el momento mismo de comenzarlas. Existe una contradicción entre el proyecto de región integrada y la heterogeneidad de naciones con enormes diferencias de estructuras, tendencias, orientaciones, regímenes, posibilidades y perspectivas. Ello se manifiesta y se refuerza a través de las relaciones centrífugas con Estados Unidos y otros países capitalistas avanzados; el predominio de los factores de competitividad sobre los de complementariedad; la falta de tradiciones, premisas y mecanismos de cooperación; el peso de los obstáculos geográficos, las carencias infraestructurales, las diferencias ideológicas y políticas y de orientaciones diplomáticas. No ha existido tampoco una nación capaz de promover y capitanear por sí sola la empresa, ni dispuesta para hacerlo, y ha faltado acuerdo entre los llamados países grandes de la región para asumirla conjuntamente.

Por otro, se debe considerar la resistencia al cambio de las fuerzas y estructuras socioeconómicas y políticas de tipo más o menos tradicional, que han temido los efectos posibles de la integración en sus intereses, o no han creído en la posibilidad de beneficiarse con ella. Ello ha ido acompañado por una debilidad relativa de los sectores que eventualmente deberían impulsar e imponer el avance y la profundidad del proceso integrador. Los sectores y grupos opuestos —pasiva o activamente— a la integración, parecen haber sido:

a) Los vinculados a la estructura tradicional, o a ramas estáticas y vegetativas, poco productivas o deficitarias: productores agropecuarios, exportadores e importadores, intermediarios; pequeña y mediana industria.

b) La burocracia pública y privada de viejo tipo.

c) Las fuerzas armadas.

d) Los partidos políticos que responden a grupos tradicionales, se hallan inspirados por variantes particulares del desarrollismo (frondizismo argentino), y del nacionalpopulismo, parte considerable de la Vieja y Nueva Izquierda (adaptación al nacionalpopulismo, miedo a la penetración imperialista, rechazo de todo lo que no adopte inmediatamente todos los rasgos de un revolucionarismo socializante).

e) Las empresas extranjeras con inversiones primario-exportadoras y desdén por el mercado interno y la industrialización sustitutiva.

f) Los países más pequeños o de menor desarrollo que temen la posible asimetría en la participación y en los beneficios.

g] Los países grandes que creen a la integración incompatible o innecesaria respecto de sus posibilidades propias de desarrollo separado (Argentina), o cuyas élites gobernantes y empresariales están imbuidas de una ideología expansionista que les hace pensar en una integración que ha de realizarse por y para su propia hegemonía (Brasil).

Los sectores y grupos promotores de la integración, o no activamente opuestos a ella, parecen haber sido:

a] Instituciones internacionales (BID, CEPAL) y miembros de las tecnoburocracias internacional y latinoamericana, intelectuales y profesionales que giran en la órbita de unas y otras.

b] Partidos y gobiernos inspirados por concepciones desarrollistas, nacionalpopulistas y de centro izquierda o izquierda reformista (Democracia Cristiana chilena y venezolana; Unidad Popular, de Chile; Acción Democrática, de Venezuela, etcétera).

c] Sectores modernos y dinámicos de producción de bienes y servicios para el mercado interno y para la exportación no tradicional, necesitados de mercados expandidos y de más fácil acceso (siderurgia, maquinaria, consumo duradero). A este respecto debe subrayarse el interés, la participación creciente de transnacionales —sobre todo de Estados Unidos— vinculadas a la producción y distribución en los países latinoamericanos de bienes y servicios para sectores urbanos, y al avance de una integración que exprese y refuerce una nueva división internacional del trabajo, por ramas y regiones, en toda América Latina.

En el balance de fuerzas, las opuestas a la integración parecen haber prevalecido sobre las favorables, bien en potencial, bien ya en realidad. Particularmente notables resultan las actitudes de ignorancia, indiferencia, pasividad o desconfianza que, salvo excepciones, han exhibido los grupos empresariales de las industrias nacionales, las clases medias y el sindicalismo obrero. No puede ignorarse, sin embargo, que el modelo oficial propuesto para la integración no ha demostrado convincentemente sus ventajas ni sus condiciones de viabilidad, ni ha persuadido en cuanto a los peligros de su frustración. No se ha enraizado en élites dirigentes ni en mayorías nacionales, no ha logrado su adhesión ni las ha convertido en bases de sustentación, ni en elementos motrices para grandes decisiones y acciones transformadoras.

La inexistencia o la debilidad de las fuerzas sociales activamente favorables a la integración se ha reflejado en la actuación de los partidos políticos, las instituciones fundamentales y el Estado, en general insuficiente, inadecuada o contraproducente para los proyectos integradores. A ello han contribuido también los fenómenos y procesos de autoritarismo político y de neofascistización ocurridos en un número considerable de importantes países de la región.

El proceso de implantación y avance del proyecto neocapitalista se entrelaza con la apertura de una crisis política a la vez orgánica y endémica. Por una parte, el crecimiento neocapitalista moviliza masas medias y populares, las incita a multiplicar sus expectativas y necesidades, sus demandas y presiones en favor de la participación ampliada. Por otra, todo ello es bloqueado por las características y consecuencias del neocapitalismo y por las estructuras sociales y de poder. El modelo neocapitalista tiene una dinámica marginalizante

de las mayorías (ramas económicas, clases, regiones). La estructura social y de poder sigue reservando a la nueva élite oligárquica los centros de decisión y acción políticas. Las necesidades de inversión, acumulación y rentabilidad de la gran empresa requieren la alta concentración de poder, la imposición de un orden autoritario extremo.

Al mismo tiempo, la élite oligárquica y sus aliados internos y externos encuentran dificultades crecientes para asegurar la reproducción, la cohesión, la estabilidad y la continuidad del sistema. La clase dominante se divide en fracciones que compiten entre sí y hallan obstáculos para resolver el problema de la hegemonía. El congelamiento estructural de la participación no impide totalmente la movilización de masas; en muchos sentidos la refuerza y acelera; genera tensiones y conflictos de absorción y control difíciles; incrementa el número, la envergadura y las proyecciones de las tendencias y movimientos de crítica e impugnación.

La tendencia a la entropía general del sistema se acentúa, se manifiesta en las situaciones recurrentes o permanentes de conflicto social, inestabilidad política, agrietamiento de la legitimidad, apertura de una brecha del consenso (con respecto a la élite oligárquica, al sistema social, al Estado), debilitamiento o insuficiencia de los recursos coercitivos, vacío de poder, crisis de la hegemonía.

Esta crisis general de la dominación y del sistema político tradicionales se manifiestan en la extrema proliferación ideológica (nacionalismo, populismo, desarrollismo, socialismos, y sus variaciones, combinaciones e híbridos), y en la de movimientos, partidos y regímenes que aparecen a la vez como reflejo, continuidad e intento de superación de dicha crisis (democrático-liberales, de centro-izquierda, desarrollistas de pretensión pluralista o de mecánica abiertamente autoritaria, nacional-populistas-bonapartistas, socialistas reformistas, socialistas revolucionarios).

Estos intentos políticos —salvo el caso cubano— no destruyen las bases ni los componentes del sistema de dominación y explotación; lo afectan en mayor o menor grado pero, al mismo tiempo y de diferentes maneras, lo preservan y refuerzan. La élite oligárquica y la derecha nacional e internacional aceptan, y en algunos casos promueven y aprovechan, estos experimentos como imposición inevitable, mal menor, o camino provisional. Al mismo tiempo siguen juzgando a tales movimientos y regímenes como demasiado representativos o tolerantes de las masas populares y de sus necesidades, recelosos u hostiles hacia sus intereses y exigencias, poco compatibles u opuestos respecto de los modelos de conservación o regresión, instrumentos inconscientes o cómplices deliberados de un proyecto de destrucción del sistema (espectro del kerenskismo).

Expresión abigarrada de una crisis política virtualmente permanente, esta gama de movimientos, partidos y regímenes políticos contribuye a dificultar a la vez: el mantenimiento de la vieja hegemonía oligárquica, su renacimiento bajo formas y con bases e instrumentos diferentes, el establecimiento y continuidad de una democracia liberal con participación ampliada. A la élite oligárquica, a la constelación de grupos que se constituyen y giran a su alrededor, se les plantea la contradicción entre las exigencias del modelo que ha de implantarse y desarrollarse, y los rasgos y efectos de la

crisis política. Combinan la percepción realista de los riesgos del desborde de masas, la reacción anticipatoria para impedir la actualización irreversible de las amenazas, el pánico que deforma la visión y el juicio y presenta como ya existente las meras posibilidades de cumplimiento incierto. Van desarrollando los elementos necesarios para resolver definitivamente el problema de la hegemonía en su beneficio, mediante soluciones autoritarias y totalitarias que se aproximan a un modelo fascista *sui generis* o se confunden con él.

La neofascistización tiene varias consecuencias negativas para el proceso de integración. En lo interno, debilita las posibilidades de crear o fortalecer los apoyos a tal perspectiva por parte de sectores mayoritarios a los que se margina y sumerge en la impotencia y la apatía. En escala regional, genera o refuerza los intentos de actualizar las fantasías de expansión imperial y de conversión en potencia (Brasil), o de canalizar hacia la agresión externa los conflictos interiores que tales regímenes no eliminan o agravan (Chile y Argentina).

El proceso de integración se ve además deformado o bloqueado por una dialéctica de fuerzas centrífugas (integración bajo control y en beneficio de las transnacionales) y fuerzas centrípetas (preocupación por la autarquía económica, aceptación de la integración por imperio de las circunstancias, con reservas mentales y prácticas, para el logro de máximas ventajas contra concesiones mínimas). Al entrelazarse, la crisis internacional y la crisis interna refuerzan la rigidez y la primacía de las fuerzas y estructuras más retrógradas y hostiles a una perspectiva integradora. Finalmente, las diversas tentativas de integración han carecido de estructuras jurídico-institucionales y de mecanismos políticos impulsores y que garanticen su dinamismo más o menos ininterrumpido.

Por todas las razones someramente indicadas, los síntomas de estancamiento y crisis del proceso oficial o convencional de integración se han venido multiplicando en los últimos años.

Desde la otra perspectiva, la que corresponde a la mayor parte de la izquierda, lograr la integración regional presupone una crisis total y definitiva en América Latina del sistema capitalista-imperialista, fatalmente condenado a muerte y en un plazo más o menos breve. Esa crisis se manifestaría por la concientización y la movilización crecientes de masas populares cada vez más amplias, que a su vez se expresan a través de la adhesión a organizaciones políticas autoproclamadas como vanguardias revolucionarias.

Por métodos reformistas o revolucionarios, por elecciones o acciones insurreccionales, vanguardias y masas van acorralando a las élites gobernantes y a las clases hegemónicas, hasta desplazarlas y destruirlas, imponiendo regímenes cada vez más radicalmente nacional-populistas, socializantes o comunistas. Tal proceso sería el requisito ineludible de la integración latinoamericana, como proceso identificado con la emergencia de un bloque cada vez más extenso de naciones que tomen tal camino.

Esta perspectiva —determinista-mecánica, fatalista, triunfalista— ha sufrido algunos correctivos por la praxis histórica de los años recientes. Las clases dominadas y explotadas de la región no se adhieren necesaria e ineluctablemente a los partidos y movimientos que se autoproclaman vanguardia

revolucionaria. Aquéllos han exhibido además limitaciones y fallas considerables; han cometido errores garrafales; han perdido oportunidades de llegar al poder o han fracasado en su ejercicio. La vitalidad y persistencia de ideologías y lealtades políticas de tipo nacional-populista y desarrollista, incluso en sectores considerables de las masas, son muy reveladoras al respecto. Se ha carecido de un modelo propio y viable, de una opción política atractiva y movilizadora que ofrecer a las mayorías populares en los principales países de la región. Ello se ha visto reforzado por los efectos de la crisis en el bloque soviético, así como por los de la percepción de sus contradicciones y limitaciones (conflictos de la URSS con Yugoslavia y China, enfrentamiento Vietnam-Cambodia, invasión de Checoslovaquia, dudas inquietantes sobre el CAME como forma de integración internacional de los países socialistas, etc.). Las élites gobernantes y las clases hegemónicas y sus aliados han conservado en muchos países de la región capacidad de dominación, de crítica, de invención e innovación, han contraatacado y triunfado en varias coyunturas decisivas.

El examen crítico del proceso general de integración latinoamericana y de sus principales manifestaciones, la búsqueda de otra posibilidad, presuponen y exigen necesariamente la consideración de una hipótesis atomizadora: el ingreso de América Latina, desde hace años, en una Edad Oscura de magnitud y duración imprevisibles. Ello se inserta en el contexto de un proceso de concentración del poder en escala mundial, y de crisis de las superpotencias y sus respectivos bloques y del sistema internacional en su conjunto. Como trasfondo más amplio y perdurable quizá podría pensarse en una crisis de civilización. Concentración del poder y crisis internacional implican la alta probabilidad de la descarga de sus costos en los países menores y en las mayorías dominadas y explotadas de los mismos, y del totalitarismo fascizante en el manejo de relaciones internacionales y conflictos internos.

A la crisis de la integración debe responderse con la búsqueda de otro modelo que integre la crisis como fenómeno presente y con tendencia a permanecer largo tiempo, a la vez presupuesto, componente y efecto del proyecto diferente de desarrollo e integración que se busque concebir y realizar.

Para ello no son útiles la profecía, la predicción ni la proyección.

La profecía produce un salto místico del mundo rechazado y sus consecuencias catastróficas al mundo ideal que se anhela como única opción, y que se describe como necesario punto de llegada, para cuyo logro se recurre a un conjunto normativo de prescripciones. La profecía no analiza los lazos causales entre procesos y fenómenos, los requisitos, las tendencias posibles, las contratendencias ni los elementos imprevistos. Carece de una teoría del proceso, ignora o subestima la gama de posibilidades y probabilidades.

La predicción pretende basarse en el análisis. Intenta establecer lazos causales entre acontecimientos, estructuras y procesos. Correlaciona premisas y resultados (sí... entonces). No evalúa en cambio la importancia causal relativa de varias tendencias simultáneas discernibles, con distintos resultados posibles, según la prevalencia de una u otra, según su combinación o interacción.

La proyección exatrapola de modo mecánico y lineal tendencias estadísticas existentes, referidas a elementos simples, sin establecimiento de lazos e interacciones entre los mismos, salvo en forma referencial o secundaria. Carece de una teoría adecuada de la causación y del proceso. No especifica las variables estratégicas que pueden operar como insumos y productos (intereses, valores, actitudes, conductas, instituciones, normas).

Parecería en cambio preferible la adopción de una postulación y de una práctica de tipo prospectivo, identificadas con un modelo utópico de sociedad, política y sistema internacional. El modelo utópico muestra la historicidad, la contingencia y la precariedad de las estructuras y sistemas existentes. Desnuda y revela las ideologías justificatorias. Fundamenta una recusación de la racionalidad dominante. Favorece la formulación, el balance y la confrontación de distintas posibilidades. Perfila una apertura hacia lo posible. Permite saber mejor hacia dónde se quiere ir a partir de la situación actual. Hace creíble la factibilidad de cambios profundos y duraderos. Incorporado a las conciencias y a las prácticas individuales y colectivas, genera una fermentación que corroe y disuelve las viejas formas, caducas pero efectivamente obstaculizantes. Ilumina las trabas y los sufrimientos, que se vuelven insoportables en la medida en que dejan de parecer normales e insuperables. Encarna la razón en la Historia viva a la que acelera. Da esperanzas a la libertad y a la creatividad; valor y energía para luchar y para buscar y encontrar lo inesperado. Destruye y moviliza a la sociedad y a sus principales componentes, liberando elementos disponibles para reestructuraciones antes inalcanzables. Niega el fatalismo con respecto al pasado, al presente y también al futuro.

Para evitar la connotación peyorativa que se da a su propia denominación, y para permitir el despliegue de sus virtualidades, a partir del modelo utópico se retrocede al presente, para detectar los problemas y conflictos fundamentales, los actores, las fuerzas, los insumos que aportan, las tendencias que producen y expresan, las variables-clave de los cambios deseados, los procesos por los cuales las variables afectan las unidades que actúan en el sistema que se quiere modificar y los insumos que ellas producen.

El modelo utópico requiere la unidad dialéctica del desarrollo nacional y la integración regional como dos caras indisociables de una misma exigencia histórica. Desde el punto de vista de quien esto escribe, la cara interna implica un modelo de sociedad socialista democrática, autogestionada y autogobernada. La componen seres humanos libres, iguales y creativos, que dejan de ser objetos, juguetes, instrumentos pasivos de la historia y de otros seres humanos para convertirse en sujetos que comparten la racionalidad, la libertad, la espontaneidad, la igualdad y la responsabilidad. La sociedad se constituye y se funda, se desestructura y se reconstruye mediante un proceso global y complejo, de libre diálogo y libre acuerdo, de abajo hacia arriba, entre todos los habitantes, en todos sus aspectos y papeles (productores, consumidores, ciudadanos), y en todos los niveles y aspectos de la existencia. La democracia directa se combina con la democracia representativa. Una escala de estructuras autogestionadas, autogobernadas y federativas ascendentes va integrando individuos, grupos, regiones, actividades, de lo local a

lo nacional. La autogestión en la escuela, la empresa y otras instituciones socioculturales, el autogobierno en lo político, desembocan en un sistema de planificación democrática para el sistema de decisiones de la sociedad global.

La integración latinoamericana —y más en general un nuevo orden mundial— también se funda en un proceso de libre diálogo y libre acuerdo mediante una escala de estructuras autogestionadas, autogobernadas y federativas ascendentes, la marcha hacia instituciones políticas y de sistemas de planificación democrática en escala supranacional. Ello incorpora supuestos riesgos, efectos.

En primer lugar, una integración latinoamericana digna de ese nombre se basa en la libertad, la igualdad, la buena voluntad recíproca de los países participantes. Excluye, así, fuerzas, estructuras, tendencias y comportamientos que generan y refuerzan la dominación, la hegemonía y la explotación de una nación sobre otra. La nación es sometida a una dinámica de reafirmación-superación.

Por un lado, se reconoce como reales y legítimas las condiciones de diversidad y particularidad que reinan en los países y los diferencian. La nación sigue teniendo realidad sustantiva y aspectos positivos dignos de preservar. Ninguna nación puede ser suprimida violentamente. La integración de las naciones en escala latinoamericana es posible y deseable sólo a partir del reconocimiento de su derecho a la autodeterminación, al desarrollo independiente, a la separación.

Por otro, la nación es una categoría no eterna, sino histórica y contingente; se ha ido volviendo relativa y obsoleta. Se convierte en camisa de fuerza que asfixia la plena realización del potencial humano, la conciencia unificada de la especie y la autorrealización antropológica. El nacionalismo extremo es enemigo de los intereses legítimos de la propia nación, de la región y de la humanidad. Obstaculiza el logro de los fines de integración en comunidades humanas cada vez más universalistas.

En segundo lugar, el respeto de la libertad e igualdad de las naciones debe armonizarse con la promoción de fuerzas y la búsqueda de formas que favorezcan la integración gradual de aquéllas en niveles ascendentes de sociedad internacional.

Ello requiere la agregación y la articulación de actores (locales, nacionales, regionales, transnacionales o no territoriales, internacionales), capaces de generar, consolidar e imponer las condiciones de un nuevo orden latinoamericano y mundial. Requiere también la cristalización de una constelación compartida de intereses y valores internacionales, con aptitud para expresar y encarnar fuerzas socioculturales y políticas a la vez poderosas y operativas, que ejerzan influencia decisiva en la opinión pública y los procesos de decisión (nacionales, regionales, mundiales) y que produzcan efectos desestructurantes y restructurantes de sentido universalista. En particular, resulta indispensable estimular la aparición y la perdurabilidad de un sistema de lealtad internacional; de valores, normas positivas, instituciones, prácticas concretas, que generen, reconozcan y garanticen la primacía del interés latinoamericano e internacional sobre el puramente nacional; de mecanismos requeridos para la emergencia, el funcionamiento y la vigencia irreversibles de la integración latinoamericana, primero, y del orden mundial simultánea o subsidiariamente. □